

No todo es sambar, claro

Vicente Araguas

Tópico sobre tópico han venido construyendo entre nosotros una imagen de Brasil que muy poco tiene que ver con la realidad. Desde la añoranza de aquel Brasil, país del futuro, edificada por Stefan Zweig, allí muerto y que nunca tuvo lugar (al menos de momento) hasta la cosa ésta tan erótica y festiva que nos pinta un elemento humano, abigarrado y vitalista, «sempre a sambar». Y como que los tópicos se alzan sobre fundamentos relativamente ciertos digamos ya que sí, que el futuro (y el orden, y el progreso como reza la bandera brasileña, y glosaba en memorable poema Vinícius de Moraes) y el «sambar» son parte intrínseca de Brasil. Como también las novelas de Paulo Coelho, por más que duela reconocerlo, sobre todo en un país como el nuestro traspasado por el rayo (diríamos) esotérico del autor de *O Alquimista*. De largo, el escritor brasileño más conocido en España. Y solamente precedido en nombradía, en términos generales, por Pelé (o Ronaldo, Ronaldinho o Romario; tres erres para un trípode sumamente artístico pero ajeno a lo que aquí nos interesa). Porque Pelé, ya puestos, empezaba a tener hueco entre nosotros cuando *Orfeo negro*, de Marcel Camus, se hacía un hueco importante en la pantalla grande. Ah, pero esta película (de 1959) se basaba en *Orfeu da Conceição* del ya citado Vinícius de Moraes (Marcus Vinícius Cruz de Moraes, para ser exactos), función de 1956, que extrapolaba el mito de Orfeo y Eurídice a la realidad brasileña. Y ello en combinación con Antonio Carlos Jobim y Oscar Niemeyer. Vinícius de Moraes, un elemento tan único (diplomático, poeta, dramaturgo, cantante, activista cultural), tan de primera línea que, como de Ignacio Sánchez Mejías dijera Federico García Lorca «tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace», un personaje de semejante categoría. Y es que Vinícius de

Morais «»A garota de Ipanema» ayuda lo suyo, claro es, sin duda, Paulo (aquí hay muchos que dicen Coelo, cuando no Coeljo), el escritor brasileño más popular. Porque Jorge Amado (traducido entre nosotros, y muy bien traducido) por Basilio Losada es en España un ilustre desconocido. Y parecía que estaba a punto de arrancar cuando (setiembre de 1993) se dejaba ver por Santiago de Compostela con Saramago, Nélida Piñón, Torrente Ballester y Salman Rushdie. Y yo lo retrataba en compañía de Xosé Ramón Pena, con una cámara que me llevó un viento gatuno en la Costa de Caparica, donde había morado Bulhão Pato (que no era brasileiro, sino portugués de Bilbao, pero como si lo fuera). Y es que la huella lusa en las costas brasileiras es tan evidente que ha habido que esperar el Nobel de José Saramago para empezar a pensar en que el legado de Don Alfredo termine llegando a aquellas playas. ¿A qué manos? Aquí la cosa se complica. Clarice Lispector, «de culto» en España, murió demasiado pronto, cincuenta y dos años, francamente, no es nada, ni siquiera dos veces y la mitad de otra, la razón de un tango. Y por cierto que la autora más Joyce y más Woolf del territorio brasileño había nacido en Ucrania (en 1925). Lo que nos obliga a pensar en Brasil como un país de aluvión, y no hay más que mirar los apellidos que produce. Incluyendo el de aquel Kubitschek, Juscelino de nombre, que inauguró esa locura de la razón llamada Brasilia, megápolis en medio de la nada, argumento ilustrado para un país con maneras tropicales. Y a mí me parece que Kubitschek con Brasilia estaba inaugurando más una impresión que una historia. Exactamente lo mismo que Clarice Lispector una autora traducida al español, pero todavía por descubrir en condiciones desde la inmensidad de una prosa interior. Como Brasil, mar inmenso vertido hacia el mar. Mar futurable arropando los cuerpos inertes de Zweig y su señora. A Zweig se le vuelve a leer, pasó de ser en estas latitudes compañero de colección de los sí prescindibles Zilahy, Pearl S. Buck (¡Premio Nobel, ¿en qué estaría pensando el jurado que se lo otorgó?), Frank Slaughter y échenle hilo a la cometa de los llamados pomposamente «Clásicos del Siglo XX», claro que entre ellos se colaba un tal Faulkner, y Zweig. Nacida en Río, pero medio gallega, de orígenes y vocación, tanto que es hija adoptiva de Cotobade (Pontevedra) de donde procedía su familia, es Nélida.

da Piñón. La primera mujer, dicen todas sus biografías, que presidió la «Academia Brasileira de Letras». Y ahí sigue en activo, para mí tanto que todos los días la veo en mi cuarto de trabajo, en la pared, a la izquierda, con Torrente Ballester y conmigo mismo. Nélida Piñón es escritora impresionista, y su fuerza radica en el poderío intenso de su prosa, nada ajena a tintes líricos pero agazapados ante un deseo frenético, pero embridado por la radicalidad conceptual, de describir situaciones y enraizar personajes. Nélida Piñón es todo un lujo para la literatura brasileña y una lástima para la gallega, a la que sólo le faltó una generación para intregrarla de pleno. Algo parecido a lo que ocurrió con Lino Novás Calvo, con la diferencia que este gigantesco escritor cubano nació efectivamente en Galicia (en Grañas do Sor) por más que tiviera que dejarla siendo niño. Y aquí un pequeño apunte lateral para decir que Novás Calvo fue víctima de la dictadura castrista, que él mismo había ayudado a crear (pero desde otro tipo de presupuestos), muriendo en el exilio de Miami y, consecuentemente, desapareciendo de los manuales que explican la literatura de Cuba, «comme il faut». Y conviene no olvidar que el propio Brasil, aquel del nacional-desarrollismo de Juscelino Kubitschek, heredero a su vez del populismo de Getúlio Vargas (otro que, como Zweig, escogió su propia muerte), y con la consecuencia lógica de las maneras de João Goulart, acabaría derivando en dictadura militar (1964-1985), como todo el Cono Sur, con las consecuencias que se pueden suponer referidas al arte y a la literatura. De este modo se confirmaban los versos proféticos de uno de los poetas brasileños más importantes: Carlos Drummond de Andrade (Itabira, Minas Gerais, 1902-Rio de Janeiro, 1987). Aquellos que tomara prestado el poeta cívico gallego más importante, después de Manuel Curros Enríquez, Celso Emilio Ferreiro, para alumbrar el poema que titula ese monumento de la poesía peninsular que se llama *Longa noite de pedra*: «No meio do caminho tinha uma pedra/ tinha uma pedra no meio do caminho/ tinha uma pedra/ no meio do caminho tinha uma pedra». Ah, pero los versos que abren el libro de Ferreiro, junto a otros de Salvatore Quasimodo, pertenecen a otro poeta brasileño, Manuel Bandeira (Recife, 1886-Rio de Janeiro, 1968), perteneciente al movimiento modernista, y estudiioso de la poesía gallega, en la que se sumer-

gió muy especialmente en aquella medieval, relativa al Mar de Vigo, muy específicamente en Martín Codax. Y dicen los versos de Bandeira utilizados por Celso Emilio Ferreiro: «Não quero mais saber do lirismo/ que não é libertaçao.» Exactamente. Lo que cuadraría con aquella literatura de resistencia, nada que aquí no supiéramos, por cierto, con autores como Érico Veríssimo, Ignácio de Loyola Brandão, Iván Ángelo y Fernando Gabeira. Esa literatura «de tendencia» que da cara a la dictadura alumbría escritores como Rubem Fonseca **C**



Nem tudo é sambar, é claro

Vicente Araguas

Tópico sobre tópico se veio construindo entre nós uma imagem do Brasil que muito pouco tem a ver com a realidade. Desde a saudade daquele Brasil, país do futuro, edificada por Stefan Zweig, que ali morreu e que nunca chegou a realizar-se (ao menos até agora), até esta coisa tão erótica e festiva que nos pinta um elemento humano, cheio de cor e vitalidade, «sempre a sambar». E como os tópicos se erguem sobre fundamentos relativamente certos digamos já que sim, que o futuro (e a ordem, e o progresso como reza a bandeira brasileira, e glosava em memorável poema Vinícius de Moraes) e o «sambar» fazem parte intrínseca do Brasil. Como também os romances de Paulo Coelho, por mais que doa reconhecê-lo, fundamentalmente num país como o nosso, trespassado pelo raio (diríamos) esotérico do autor de *O Alquimista*. De longe o escritor brasileiro mais conhecido na Espanha. E apenas precedido em renome, em termos gerais, por Pelé (ou Ronaldo, Ronaldinho ou Romário: três erres para uma tripeça sumamente artística, mas alheia ao que aqui nos interessa). Porque Pelé, agora já, começava a ter um lugar entre nós quando *Orfeu negro*, de Marcel Camus, conseguia um lugar importante no cinema. Ah, mas este filme (de 1959) se baseava em *Orfeu da Conceição* do já citado Vinícius de Moraes (Marcus Vinícius Cruz de Moraes, para ser precisos), função de 1956, que extrapolava o mito de Orfeu e Eurídice à realidade brasileira. E isso em combinação com Antônio Carlos Jobim e Oscar Niemeyer. Vinícius de Moraes, um sujeito tão único (diplomata, poeta, dramaturgo, cantor, ativista cultural), tão de primeira linha que, assim como de Ignacio Sánchez Mejías havia dito Federico García Lorca «demorará muito tempo a nascer, se é que nasce», um personagem de semelhante categoria. E é que, além Vinícius de Moraes, *A garota*

de Ipanema ajuda bastante, naturalmente, sem dúvida, Paulo (aqui há muitos que dizem «Coelo», quando não Coelho), é o escritor brasileiro mais popular. Porque Jorge Amado (traduzido entre nós, e muito bem traduzido) por Basilio Losada é na Espanha «um ilustre desconhecido». E parecia que estava já para arrancar quando (setembro de 1993) se deixava ver por Santiago de Compostela com Saramago, Nélida Piñón, Torrente Ballester e Salman Rushdie. E eu o retratava em companhia de Xosé Ramón Pena, com uma câmara que me levou um vento gatuno na Costa da Caparica, onde tinha morado Bulhão Pato (que não era brasileiro, mas português de Bilbau, porém, era como se realmente o fosse). E é que a pegada lusa nas costas brasileiras é tão evidente que houve que esperar o Nobel de José Saramago para começar a pensar que o legado do Sr. Alfredo acabe por chegar àquelas praias. A quais mãos? Aqui a coisa já se complica. Clarice Lispector, «de culto» em Espanha, morreu demasiado cedo, cinqüenta e dois anos, francamente, não é nada, nem sequer duas vezes e metade de outra, a razão de um tango. E por certo que a autora mais Joyce e mais Woolf do território brasileiro tinha nascido na Ucrânia (em 1925). O que nos obriga a pensar no Brasil como um país de aluvião, e não há mais do que olhar para os sobrenomes que produz. Incluindo o daquele Kubitschek, Juscelino de nome, que inaugurou essa loucura da razão chamada Brasília, megalópole no meio do nada, argumento ilustrado para um país de modos tropicais. E a mim me parece que Kubitschek com Brasília estava inaugurando mais uma impressão do que uma história. Exatamente o mesmo que Clarice Lispector, uma autora traduzida para espanhol, mas ainda por descobrir em condições desde a imensidão duma prosa interior. Como o Brasil, mar imenso vertido para o mar. Mar futurível agasalhando os corpos inertes de Zweig e da sua mulher. Zweig lê-se novamente, passou de ser nestas latitudes companheiro de coleção dos sim prescindíveis Zilahy, Pearl S. Buck (Prêmio Nobel!, em quê estaria pensando o júri que lhe outorgou?), Frank Slaughter e tudo o mais –muito!– dos chamados pomposamente «Clássicos do Século XX», claro que entre eles se metia «um dito» Faulkner, e Zweig. Nascida no Rio, mas meio galega, de origens e vocação, tanto que é filha adotiva de Cotobade (Pontevedra) de onde procedia a sua família, é Nélida

Piñón. A primeira mulher, dizem todas as suas biografias, que presidiu a «Academia Brasileira de Letras». E aí continua, em ativo, para mim tanto que todos os dias a vejo na minha sala de trabalho, na parede, à esquerda, com Torrente Ballester e comigo próprio. Nélida Piñón é escritora impressionista, e a sua força radica no poderio intenso da sua prosa, nada alheia a tintes líricos, mas acaçapados perante um desejo frenético, refreado pelo radicalismo conceitual, de descrever situações e enraizar personagens. Nélida Piñón é um autêntico luxo para a literatura brasileira e uma pena para a galega, à que apenas lhe faltou uma geração para integrá-la de pleno. Algo parecido ao que aconteceu com Lino Novás Calvo, com a diferença de que este gigantesco escritor cubano nasceu efetivamente na Galícia (em Grañas do Sor) por mais que tivera que deixá-la sendo criança. E aqui um pequeno parêntesis para dizer que Novás Calvo foi vítima da ditadura castrense, que ele próprio tinha ajudado a criar (embora desde outro tipo de pressupostos), morrendo no exílio de Miami e, consequentemente, desaparecendo dos manuais que explicam a literatura de Cuba, *comme il faut*. E convém não esquecer que o próprio Brasil, aquele do nacional-desenvolvimento de Juscelino Kubitschek, herdeiro por sua vez do populismo de Getúlio Vargas (outro que, como Zweig, escolheu sua própria morte), e com a consequência lógica das maneiras de João Goulart, acabaria derivando em ditadura militar (1964-1985), como em todo o Cone Sul, com as consequências que se podem supor referidas à arte e à literatura. Deste modo se confirmavam os versos proféticos de um dos poetas brasileiros mais importantes: Carlos Drummond de Andrade (Itabira, Minas Gerais, 1902-Rio de Janeiro, 1987). Aqueles que tomara emprestados o poeta cívico galego mais importante, depois de Manuel Curros Enríquez, Celso Emilio Ferreiro, para dar à luz o poema que titula esse monumento da poesia peninsular que se chama *Longa noite de pedra*: «No meio do caminho tinha uma pedra/ tinha uma pedra no meio do caminho/ tinha uma pedra/ no meio do caminho tinha uma pedra». Ah, mas os versos que abrem o livro de Ferreiro, junto com outros de Salvatore Quasimodo, pertencem a outro poeta brasileiro, Manuel Bandeira (Recife, 1886-Rio de Janeiro, 1968), pertencente ao movimento modernista, e estudioso da poesia galega, na qual

se mergulhou, muito especialmente naquela medieval, relativa ao Mar de Vigo, muito especificamente em Martín Codax. E dizem os versos de Bandeira utilizados por Celso Emilio Ferreiro: «Não quero mais saber do lirismo/ que não é libertação.» Precisamente. O que quadraria com aquela literatura de resistência, nada que aqui não soubéssemos, por certo, com autores como Érico Veríssimo, Ignácio de Loyola Brandão, Ivan Ângelo e Fernando Gabeira. Essa literatura «de tendência» que dá cara à ditadura, dá à luz escritores como Rubem Fonseca 

*Traducción al portugués: María Tecla Portela Careiro.
Revisión de Estêvão Rabbi dos Santos*